

TANIA RODRÍGUEZ MANGLANO

Saber amar. La dependencia en la relación con la otro de sí

Desde hace tiempo tengo el deseo de recuperar el significado de la palabra dependencia. Observo a mi alrededor cierto recelo hacia ella, pero, en mi opinión, es un conocimiento apegado a la vida, una intuición basada en el saber de la experiencia que me ilumina en la comprensión de las relaciones.

En la etimología de esta palabra, ya se encuentra el valor que tiene con toda su fuerza. *Depender*, del latín *dependere*, significa estar una persona sometida a la autoridad de otra, necesitar una persona a otra para su sustento, y también estar una cosa en relación con otra, en tal relación que esta otra determina que aquella se realice o no. Todas estas acepciones que recoge María Moliner en su diccionario del uso del español¹, devuelven a la palabra su sentido original. Si entendemos la autoridad como un hecho relacional, es fácil darse cuenta de que la primera y la más importante de las dependencias, la que determina que nuestro ser se realice, es la que tenemos con la madre.

¿Por qué da miedo la dependencia? Quizá sea porque nos muestra vulnerables, puesto que señala nuestros límites y nuestra finitud. Necesitar a las demás y a los demás, y admitirlo, puede producir sensación de vértigo, pero también proporciona una medida de lo que significa vivir. Asumir la necesidad de lo otro, saberse mortal y

no omnipotente, forma parte del juego de existir.

Pese a la sensación de cautela, lo cierto es que para poder decir yo no hay que huir de la relación, del mismo modo que para decir nosotras o nosotros no hay que romper con el yo. ¿Por qué tenemos miedo a la relación con lo otro? Muchas veces nos aferramos a la idea de un yo que todo lo puede, que presume de no necesitar a nadie, que excluye y, por tanto, genera violencia. Pero esto es ficticio, porque en realidad ese yo no sería nada sin lo otro.

Saber reconocer la riqueza de la diversidad, no consiste en objetivar ni manipular a lo otro, sino en asumir la diferencia sin miedo a significar que las relaciones son de disparidad. Saber que la otra o el otro es más grande que yo en algunas facetas impresiona; sólo al comprender esto, se puede acoger la finitud y la dependencia, así como la propia grandeza. Las relaciones, cuando son verdaderas, son siempre dispares; asumirlo es proporcionar espacios a la singularidad de cada cual y a su propia libertad.

Ser independiente no es lo mismo que ser libre y, aunque muchas veces se utilicen estas palabras indistintamente, no son sinónimos. A lo largo de la historia y en la actualidad, vemos a muchas mujeres que son a la vez libres y dependientes. Libres en su hacer y dependientes en el vivir, acogiendo esa capacidad inscrita en el cuerpo femenino de ser dos, que nos posibilita estar abiertas a lo otro.

No son términos intercambiables, porque la independencia se inclina hacia el «deber ser», y con frecuencia se escucha: las mujeres deben ser independientes. Es un mensaje que algunas mujeres, en la segunda mitad del siglo XX, veían necesario y se lo transmitían a las más jóvenes como una regla de supervivencia. Creo que así señalaban la necesidad de un simbólico propio para ser libres. La dificultad de encontrar mediación para nombrar esta necesidad fue lo que, en mi opinión, les llevó a utilizar la palabra independencia. Sus prácticas, sin embargo, apostaban por las relaciones, por los

vínculos, por la dependencia y esto es, de hecho, lo que he aprendido de mi madre y de otras mujeres. Darme cuenta de ese legado, del corte realizado ante las dependencias que anulan, ha sido muy enriquecedor. Reconozco que, gracias a su educación, puedo hoy señalar el gozo de la dependencia cuando esta es amorosa.

Veo a mi madre y a muchas otras mujeres que me rodean, a las que doy crédito como medida en el mundo, que son libres y a la vez dependientes, están abiertas a la percepción de lo vivo y al intercambio, reconociendo, en ese dar y dejarse dar que conforma la relación, una manera de crecer que saca lo mejor de cada una. Sin embargo, paradójicamente, mi madre, tal vez influida por los ideales igualitarios, muy significativos hace algunos años, me decía que no fuera dependiente. Más tarde entendí que se refería a las dependencias que anulan, porque si pienso en ella, la veo fuerte, libre, tomando sus propias decisiones con respecto a su vida, todo ello, sin dejar de ser vulnerable, cuidadora, dependiente de mí y de mi hermano, de las relaciones que ella desea. Me parece un magnífico ejemplo, que muestra con su vida, no siempre con palabras, a qué tipo de dependencia se refería. Me fío de ella, de su sentido común, tanto es así que a menudo es mi guía y mi medida.

Con su hacer, nuestras madres y otras mujeres nos enseñan todo un arte; que la ternura y la dependencia son una forma de estar abierta a lo otro, y al mismo tiempo, ser libres. Reconocer la dependencia afectiva no quiere decir, por ejemplo, renunciar a la independencia económica, algo muy importante para el desarrollo de cada una y de cada uno, antes bien, gracias a las que nos preceden que han transformado la sociedad para nosotras, podemos hablar ahora desde un nuevo horizonte.

El modelo moderno e ilustrado pretende igualar a las mujeres con los hombres en la independencia de las relaciones, anteponiendo la razón a los sentimientos; sin embargo, cuando he optado por esta postura sólo he conseguido renunciar a una parte fundamental de

mí. El individualismo de corte masculino nos sustrae de la capacidad infinita, que encarnamos más mujeres que hombres, de dar y dejarse dar. Una capacidad que se percibe como misteriosa en el mundo en que vivimos, aunque se hace uso de ella continuamente para sostener la civilización.

La apuesta de dejarse guiar por el corazón, como se aprecia en los versos de Alfonsina Storni, es arriesgada, sobre todo porque, a veces, sin darnos cuenta ponemos el amor en un lugar equivocado. Se necesita mucha energía para sostener las relaciones: la ilusión, los sueños, la ternura, la transparencia, alimentan el comienzo: por eso es duro reconocer cuándo un amor no da los frutos deseados.

XLVI

Como si tu amor me lo diera todo me obstinaba
en el milagro: clavando mis ojos en una planta
pequeña, raquítica, muriente, le ordenaba: ¡Crece,
ensancha tus vasos, levántate en el aire, florece, enfruta!

Saber amar es un arte que alcanzan quienes están dispuestas y dispuestos a crear y a entregarse conscientemente. No obstante, volcarse en una relación o en las relaciones, no significa sin medida, ni dejarlo todo por ella o por él, sino sencillamente vivir en un orden amoroso que dé sentido a nuestra vida. Saber amar es aceptar la dependencia en relación con lo otro, es una apertura a los deseos más profundos y no renunciar a ellos. No es poner el énfasis de ser en función de los deseos de otro u otra para sustentar la relación, porque esto no es sino anularse dando paso al poder. Llevar a cabo los propios deseos, reconociendo que se es en relación, me hace entender que el “amor al vínculo”² da sentido a la existencia.

No todo tiene, por suerte, una explicación racional. Así el placer de la relación por el gusto de estar en relación se nos va revelando en el transcurso del vivir, dándonos cuenta de su valor. Incluso, cuando a

veces resulta complicado ponerlo en palabras. La sabiduría del amor nos hace entender que su "iluminación" pone en marcha una gran potencia transformadora y creadora, como también declara en otro poema Alfonsina Storni

XIX

Amo y siento deseos de hacer algo extraordinario.

No sé lo que es.

Pero es un deseo incontenible de hacer algo extraordinario.

¿Para qué amo, me pregunto, si no es para hacer algo grande nuevo, desconocido?

El capitalismo, el sistema en el que vive hoy gran parte del mundo, rechaza la potencia creadora del amor, porque el amor es fundamentalmente revolucionario y lo único que consigue cambiar de verdad las cosas. En este sistema hay una tendencia a consumirlo todo; la vorágine también pretende afectar a las relaciones.

El modelo de relaciones y de sexualidad que muchos hombres han sostenido y sostienen, considera más importante la cantidad que la calidad. En esta lógica, lo superficial y la promiscuidad se proponen como modelos a imitar. Ese desorden patriarcal con su designificación rechaza que muchas de nosotras, por amor al vínculo, sostenemos lo creado y lo hagamos en ocasiones más allá de la razón, pues es una opción radicalmente diferente de la del individualismo. Incluso, algunas veces, podemos poner tanto en las relaciones, que aún cuando no funcionan bien, nos resistimos y tratamos de apuntalarlas como haríamos con una obra, en este caso, de civilización.

Se habla mucho de las mujeres que aman demasiado, de los peligros de la dependencia, y no resulta fácil darse cuenta de la libertad que hay en ello, no solemos percatarnos de que es una decisión que corresponde a un deseo que, por supuesto, tiene dignidad. En esa elección podemos equivocarnos, pero equivocarse forma parte del

proceso de aprendizaje, aunque a todas y a todos nos cueste interiorizarlo. Algo que queda muy bien expresado en las siguientes palabras: «Nos es grato haber nacido mujeres y lo que queremos es vivir el placer de serlo. La libertad de pensar, de decir, de hacer y de ser lo que nosotras decidamos. Incluida la libertad de equivocarnos». ³ Solemos asumir con dificultad que el error es algo cotidiano. Cuesta aceptarlo, es cierto, pero sirve para elegir, saber qué se quiere y qué no. Nuestros deseos muchas veces salen a la luz después de haber hecho una elección y tomado un camino cuya andadura no nos ha gustado. Esas experiencias nos hacen detenernos para escucharnos y saber qué queremos de verdad.

Cuando recuerdo el título de una obra editada hace algunos años: *Las mujeres que aman demasiado*, pienso que ha servido de reclamo para las ventas, pero no ha sido nada afortunado porque destruye simbólicamente a la madre. Más atinado sería el título: "Los hombres que aman demasiado poco", puesto que estaría más cerca de lo que ocurre habitualmente. Desde esta perspectiva, se dejaría de patologizar una práctica más de mujeres que de hombres, que no es una enfermedad, sino una muestra de grandeza femenina; como ocurre con la histeria, produce una rebelión al chocar con un sistema que no se siente como propio y al que muchas no le encontramos sentido, puesto que no es amoroso. Las prácticas femeninas de relación no tienen por qué igualarse a las masculinas: sería una pérdida irreparable.

Por otro lado, me sorprende que habitualmente se hable con desprecio de la dependencia, analizando todos sus posibles problemas, mientras que con la independencia no ocurre lo mismo, pues sólo se ven virtudes en ella. Es algo que me desconcierta porque, sinceramente, no creo que la independencia sea posible; es un ideal, y pretender situarla en el centro como modelo de vida no es más que intentar someter la realidad a las ansias idealistas. Como señala María Zambrano: «El idealismo masculino tiene dos fuentes: la razón griega y la idea de creación del pueblo hebreo, del dios omnipotente, terriblemente masculino. Este hombre occidental, idea-

lista, vive de la voluntad, es la voluntad la que le ha llevado a serlo, y por eso hasta su pensamiento es una actuación, vive actuando, y la razón, el racionalismo, no es sino el supuesto de que la realidad, el mundo, puede ser modificable por su acción, se entiende. Es un idealismo voluntarista, activista que sueña con someter la realidad entera a su órbita. Es la raíz guerrera de toda cultura occidental."⁴

En una línea muy diferente de la del libro cuyo título ya nos culpabilizaba de amar demasiado, hay otras miradas que saben que amar mucho no puede ser nunca un inconveniente. Así, el siguiente poema, también de Alfonsina Storni, apunta el verdadero problema: no saber amar.

XVIII

Tú, el que pasas, tú dijiste: ésa no sabe amar.
Eras tú el que no sabías despertar mi amor.
Amo mejor que los que mejor amaron.⁵

Muchas de las críticas que se hacen sobre la manera de amar de algunas mujeres, proceden del tratamiento que los medios de comunicación le dan a la violencia de los hombres contra las mujeres, donde se las banaliza reduciéndolas a la condición de víctimas. Esto me molesta y me sorprende, sobre todo si, subrepticamente, el discurso de que hay que amar menos va calando en nosotras. No quiero renunciar a amar, porque para mí es un tesoro; sin amor, no habría relaciones sino distancia.

El amor es una gran riqueza y también lo es su entendimiento.⁶ Un entendimiento que, según mi experiencia, se da más en mujeres que en hombres. Esto no significa que todas amemos igual; cada una muestra su singularidad, aunque creo que hay un origen común en este saber, que es nuestra relación con la madre; quizá por eso no cabe en la estructura de dominio del sistema patriarcal.

Con todo esto no quiero decir que ahora haya más mujeres libres

que antes; reconozco que siempre ha habido libertad femenina y las experiencias de mujeres libres han abierto caminos y han sido una fuente de donde las más jóvenes tomamos la fuerza. Sin embargo, da la impresión de que la libertad ahora se ve y se nombra más, aunque no siempre con el mismo significado que planteo aquí.

La polaridad independencia/dependencia a muchas nos crea desorden porque carece de sentido. Existe otra mirada que cambia la manera de concebir la relación entre dependencia e independencia; es la que ve en el orden simbólico de la madre. Creo que se produce un salto significativo al admitir que soy dependiente; es decir, asumir la vulnerabilidad y libertad que hay en este reconocimiento, me parece un paso necesario para aceptar la necesidad de la mediación y las limitaciones humanas.

La dependencia primera y fundamental, que nos posibilita estar en el mundo, es la que tenemos con la madre. Desde que nacemos, nuestra madre nos acoge y nos ofrece su cuidado. En ese momento nace también una relación de dependencia mutua tan grande que va más allá de la finitud. Esa relación desinteresada y amorosa será el modelo que muchas ofreceremos a otras relaciones. En ellas, el cuidado de la relación y de la otra y el otro tienen un lugar privilegiado. Como dice María-Milagros Rivera Garretas, "Una condición indispensable para el intercambio en libertad, para el intercambio que tiene presente el orden simbólico de la madre, es, pues, la pasividad o aceptación, pasividad o aceptación que da cabida a la mutua dependencia que es parte de la experiencia humana desde el nacimiento hasta la muerte."⁶

Quiero recordar aquí la frase de una amiga mayor, muy cercana. Me dijo: ¡ojalá, vosotras no tengáis que ser tan cuidadoras como hemos sido muchas de nosotras! Ella quería preservarme de algo, pero para mí el mimo a la vida, el cuidado a las demás y los demás de manera desinteresada, forma parte de los vínculos de muchas, es una muestra viva de la existencia del orden simbólico de la madre.

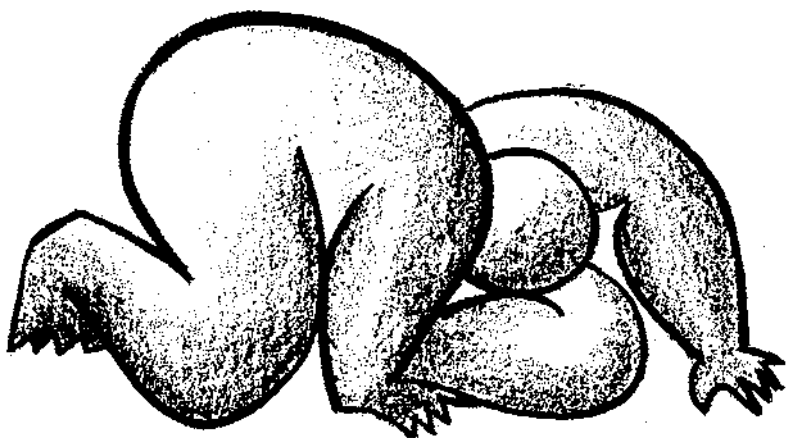
Cuidar a quienes te rodean es transformador y lleva implícito un ofrecimiento y una elección.

No olvidar la propia vulnerabilidad y buscar el secreto del amor, constituye una apuesta vital; y aunque puede producir vértigo perder el control, se produce una ganancia. El control que deja fuera las pasiones, también deja fuera la vida; es un esfuerzo vano querer tener todo amarrado, con ello no se es menos vulnerable sino menos vital y más ajena del mundo, y de sí misma.

notas:

Agradezco sinceramente, la invitación para colaborar en este número de DUODA de María-Milagros Rivera Garretas, de cuya escritura, por otro lado, me nutro asiduamente; también a Gemma del Olmo Campillo y a Ana Mañeru Méndez por su ayuda. Este artículo no hubiera sido posible sin la relación con mis amigas y con mi madre que me sostienen en la vida.

1. María Moliner, *Diccionario del uso del español*. Madrid, Gredos 1966.
2. María-Milagros Rivera Garretas, *Mujeres en relación. Feminismo 1970-2000*. Barcelona, Icaria, 2001.
3. Librería de Mujeres de Milán, *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*, trad. de María Cinta Montagut con Anna Bofill. Madrid, horas y HORAS, 1991.
4. María Zambrano, "La Mujer en la cultura medieval", en "Ultra", nº4. Puerto Rico, 1940.
5. Alfonsina Storni, *Poemas de amor*. Madrid, Hiperión, 1999.
6. Luisa Muraro, "El entendimiento del amor," conferencia presentada en la Plataforma Autónoma Feminista, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Madrid, 2000.
7. María-Milagros Rivera Garretas, *El fraude de la igualdad*. Barcelona, Planeta, 1997.



Corazón perdido
2001
Marisa Ordóñez

